

UN VIAJERO EN SU PROPIA CIUDAD: DON LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

Cecilia Colón*

DE LA DIVERSIDAD LITERARIA

En el siglo XIX hubo muchos escritores cuya preocupación más importante fue replantear la literatura que se escribía para que fuera realmente nacional. Luego de un largo período de tres siglos de colonización española, durante los cuales se siguieron los modelos españoles de verso y prosa, irrumpe en el siglo XIX el movimiento de Independencia, iniciado en 1810 por Miguel Hidalgo y Costilla y consumado en 1821 por Agustín de Iturbide. La historia nos cuenta lo difícil que fue este siglo con las diversas formas de gobierno que se sucedieron sin orden ni concierto, con las invasiones francesa y norteamericana sobre un México que todavía no entendía lo que sucedía en su interior y debía responder a las agresiones exteriores con madurez y decisión. ¡Vaya papel difícil que cumplieron en ese momento quienes estaban al frente del país!

En medio de todo este caos, los intelectuales como José María Lafragua, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez,

Ignacio Manuel Altamirano, por mencionar sólo algunos, intentaban al mismo tiempo darle un carácter específico a nuestra literatura. Ellos estaban perfectamente conscientes de que el país, apartado ya del yugo español, tenía que definirse, que crearse como una nación autónoma y para lograr este objetivo fundamental había que dar, con toda urgencia, el primer paso. Había que crear una conciencia nacional, de unidad, eso que nos daría, con los años, la personalidad de mexicanos.

Estos intelectuales que hacían sus mejores esfuerzos y comprometían su pluma al servicio de la patria, también se dedicaban a la política y lo mismo escribían una novela o un cuento que un discurso político en el que defendían sus ideas o redactaban sus inquietudes y preocupaciones por una educación mejor y de calidad que estuviera al alcance de toda la población. No debemos olvidar que el número de analfabetos era alarmante y sólo unos cuantos podían tener acceso a las escuelas. De hecho, uno de sus principales reclamos era, precisamente, que se hicieran más escuelas para que la gente aprendiera a leer y escribir y se acabara con uno de los prejuicios que también existía en aquella época y que consistía en enseñarles a las pocas mujeres

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

que podían asistir a una escuela, sólo a leer, de esta forma se mantenía el control sobre una buena parte de la población.

Lo anterior dio por resultado que los géneros literarios no obedecieran a normas estrictas de clasificación, es decir, dentro de algunas novelas podía haber, en boca de algún personaje, arengas a favor de ciertas ideas o partidos políticos, también podía darse el caso de que los discursos que se leían frente al Congreso tuvieran en ciertos párrafos matices de ensayo, etcétera.

Jorge Ruedas de la Serna escribe lo siguiente:

Si el *status* de escritores efectivamente los resaltaba como grupo de esas otras actividades —la política, la burocracia, la abogacía, etc.—, no sentían, sin embargo, que hubiese incompatibilidad entre su vocación por la literatura y sus otras actividades profesionales. Por el contrario, el compromiso social que habían asumido los haría decir como Calderón de la Barca:

Aunque inclinado a las letras,
militares escuadrones
seguí; que en mí se admiraron
espada y pluma conformes.¹

David Bradley Crow Vaughan también dice al respecto:

Se recordará que la división entre las ciencias y la literatura a que nos atenemos hoy en día, no se tenía a mediados del siglo pasado [el XIX]. La literatura era la letra impresa y la ciencia se consideraba parte integral de ella... Las ciencias y la literatura se apoyan mu-

tuamente, las ciencias necesitan la literatura para expresar eficazmente su sabiduría y viceversa, la literatura, al fundamentarse en las ciencias, logra una claridad de propósito y trascendencia que no tenía anteriormente.²

En efecto, era la preocupación social y nacional lo que importaba más que el reconocimiento personal o una división exacta y puntillosa entre las ciencias y la literatura o entre los géneros literarios. Primero había que construir una nacionalidad mexicana, se hizo necesario darle una personalidad, dotarla de una identidad mexicana y la mejor herramienta para hacerlo fue la literatura.

La trascendencia de esta actitud responsable y conciente de la realidad es algo que seguimos viendo y que comparamos con lo que sucede en la actualidad; ahora la mayoría de los políticos están separados de los intelectuales y cada uno tiene sus propias actividades; aunque sí opinen los segundos sobre el desarrollo del trabajo de los primeros, sin embargo, pocas veces hay quien desarrolle ambas actividades al mismo tiempo, ya casi no se mezclan como antes.

Sobre esto, Alfonso Reyes dice:

Los trabajadores del espíritu, varones de laboriosidad increíble, asumen un aire de escritores profesionales y se consagran, por una parte, a poner en orden la tradición; por otra, a edificar una nueva conciencia pública, recogiendo las novedades del pensamiento europeo y dando expresión, a la vez, al sentimiento de un pueblo que se sabe ya distinto de la antigua metrópoli, que ha comen-

¹ Jorge Ruedas de la Serna. "Presentación" en *La misión del escritor*, p. 8.

² David Bradley Crow Vaughan. "Francisco Ortega" en *La misión del escritor*, p. 129.

zado a llamarse patria. Los hombres representativos de esta crisis suelen ser a un tiempo teólogos, filósofos, historiadores, anticuarios, cultores de diversas ciencias, humanistas, literatos y periodistas.³

Surgieron muchos género literarios en el XIX gracias al contexto histórico que se vivía, por ejemplo: la poesía patriótica, los himnos y todos estos cantos poéticos ensalzando a los héroes mexicanos como Hidalgo y Morelos. Cabe recordar que apenas se estaba construyendo nuestra historia oficial y hacía falta dar énfasis a los héroes que serían tan importantes al paso de los años. Aunado a esto, se daba también una enseñanza al lector, con el afán de suplir, de alguna manera, la falta de una educación formal. Es importante no perder de vista que la educación era la gran panacea que ayudaría al país a salir adelante en todo sentido. De aquí que muchos escritores-políticos escribieran sus textos pensando en que para una buena parte de la población esos escritos serían lo más cercano, por no decir lo único, a lo que tendrían acceso como parte de una instrucción a la que no podríamos calificar de formal, simplemente era el primer contacto con la cultura.

Ahora bien, dentro de todo este enorme y generoso campo literario que se abría como un gran abanico de posibilidades, tomaré el ejemplo de un escritor cuya obra comenzó en el siglo XIX y terminó en el XX: Luis González Obregón,⁴ cronista de la ciudad de México y hombre preocupado por dar a conocer de una forma amena y natural la historia de la ciudad.

Este escritor nació en Guanajuato el 25 de agosto de 1865 y a los dos años sus padres se vinieron a vivir a la Ciudad de México. Aunque le tocó conocer una ciudad muy pequeña, en comparación con su tamaño actual, que tenía muchas carencias y pasaba por innumerables problemas de seguridad, sanidad y educación, supo encontrarle el lado bello, aquel que está lleno de historia, acerca del cual podía conversar y que valía la pena rescatar, mostrar a las generaciones que venían para que esa memoria no se perdiera. El cronista se enamoró de esta ciudad y se dio a la tarea de recrear su historia, mas no la oficial, sino la anecdótica, la que no se enseña en las escuelas, pero que nos permite conocer de cuerpo entero a un personaje, a una ciudad.

Preocupado también “por la ausencia de una literatura propia y por la necesidad de desarrollar un interés auténtico por el pasado y el presente de su país”⁵ es que nace su idea de descubrir el pasado colonial y mostrarlo a todo aquel que quisiera. Él conocía muy bien este período histórico a raíz de la publicación que hizo de varios artículos en los periódicos *El Siglo XIX* y *El Nacional*, en donde tenía una sección titulada “Muy noble y leal ciudad de México”. Este conocimiento aumentó cuando en 1909 lo nombraron Director de la Comisión Reorganizadora del Archivo General y Público de la Nación y posteriormente fue el Director del Archivo. Junto con sus colaboradores se dio a la titánica tarea de acomodar, desempolvar y, sobre todo, organizar la enorme cantidad de legajos y papeles que estaban desperdigados y desordenados por los salones del costado sur

⁴ Para más datos sobre la vida de Luis González Obregón se puede consultar el libro de Alberto María Carreño, *El cronista Luis González Obregón*, Ediciones Botas.

⁵ Flor de M. Hurtado, “Prólogo” a *México viejo*, p. XIII.

del Palacio Nacional y a los que nadie hacía caso. Así que hubo más razones para conocer el pasado histórico de la ciudad que tanto amaba. Obviamente esto influyó muchísimo en los temas que escribió, la mayoría trata de cuentos, leyendas, crónicas de la época colonial; su prosa sencilla, pero elegante estuvo al servicio de la historia, pues quería que el conocimiento llegara a toda la gente que se pudiera, de esta forma, sus textos eran leídos con avidez.

EL VIAJERO EN SU PROPIA CIUDAD

Quizás ha habido mucha gente que ha hecho de sus viajes a distintas partes del mundo toda una experiencia de vida que ha querido compartir con los demás y prueba de esto han sido los relatos de viaje que han legado a la Humanidad. Comenzando con Marco Polo, Cristóbal Colón, Hernán Cortés, etcétera, la lista podría hacerse casi infinita. Todos han tenido en común el deseo de compartir con los demás lo que ven, lo que les llama la atención por ser completamente diferente a lo que están acostumbrados a ver en su vida cotidiana o, precisamente, porque se parece a lo que ellos viven.

Sin embargo, quizás sean pocos los viajeros que no salen de su lugar, es decir, se dedican a conocer y recorrer su ciudad de origen con la misma curiosidad y sed de aventuras de quien viaja a otros países, con ese mismo ánimo de entenderla, interpretarla y, en consecuencia, amarla. Éste es el caso de Luis González Obregón, viajero en su propia ciudad y gracias a su libro *La vida de México en 1810* podemos vivir también esa experiencia, pues nos lleva de la mano por un México que no podremos ver más, porque existió hace casi doscientos

años y la única manera de recuperarlo es a través de la imaginación y la lectura.

Tal como dice Todorov: “El viaje en el espacio simboliza el paso del tiempo, el desplazamiento físico lo hace para la mutación interior”,⁶ así es como González Obregón hace este viaje imaginario, nos lleva a través del espacio al pasado; aunque no podemos tener un desplazamiento físico, sí podemos hacerlo en los espacios de nuestra mente. ¿Quién dice que no es posible mirar otras cosas, otros paisajes, otros objetos cuando las descripciones son tan reales? Y con esto no me refiero a la mera enumeración de colores u objetos, me refiero a toda la involucración emocional y sentimental que el viajero nos da en sus relatos de viaje. Me parece que aquéllos que sólo se conforman con ver y guardar como en fotografías fijas toda su experiencia, no cumplen con su cometido de compartir este viaje con los demás. Las descripciones frías cumplen con una finalidad de informar, sin embargo, no transmiten sentimientos ni emociones, no nos dejan sentir que es un ser humano quien vivió eso y lo escribe tratando de contar no sólo sobre el lugar sino dejando sentir y percibir toda su emoción, toda la intensidad que se vive cuando conocemos algo, cuando alguien nos lleva de la mano por las calles de una ciudad que ya recorrió y abre ante nuestros asombrados ojos un mundo nuevo, nos muestra los rincones que nunca hemos visto y nos hace partícipes de sus propios sentimientos. Esto es lo que enriquece un relato de viaje, el ayudarnos a asomarnos a cualquier esquina para ver la sorpresa que nos espera; no obstante, al cerrar el libro, volvemos nuevamente a nuestra realidad y despertamos de la enso-

⁶ Tzvetan Todorov, “El viaje y su relato”, p. 91.

ñación que por un momento nos hizo salir de nuestra cotidianeidad y nos hizo viajar a otras épocas y otros lugares. Exactamente es esto lo que logra González Obregón con su libro *La vida de México en 1810*. Vamos con él del brazo descubriendo esta ciudad maravillosa y diferente, antigua y majestuosa, la misma que estamos caminando ahora, pero que en 1810 tenía una fisonomía distinta, vivía gente que tenía otras costumbres, que vestía de diferente forma y que hasta hablaba de manera muy distinta a la nuestra.

El cronista hace no sólo una descripción objetiva de la ciudad, sino que nos muestra a los otros, a los demás actores, a nuestros propios antecesores en un afán por enseñarnos el pasado que se vivía en ese año tan definitivo en nuestra historia.

LA VIDA DE MÉXICO EN 1810

Este libro se publicó por primera vez en 1911 por la Librería Editorial de la Vda. de Ch. Bouret, París-México. Esta edición es muy bella, pues sus pastas son duras, se cuidó la calidad del papel y los grabados que acompañan los textos; realmente es un libro de lujo.

Posteriormente, en 1943, la Editorial Stylo hizo una nueva edición más rústica, en la que incluyó un prólogo de Carlos González Peña. Allí, este escritor nos habla sobre González Obregón y relata, entre otras cosas, los últimos días del cronista, su muerte y el entierro en donde él fue uno de los amigos que le dio el último adiós al historiador. Es un prólogo sentido que nos comparte el sentimiento de tristeza ante la irreparable pérdida. Esta segunda edición cuenta con algunos dibujos, pocos, que nos

muestran cómo eran y vestían los diversos tipos mexicanos de esa época.

En 1975, el entonces Departamento del Distrito Federal, editó una serie de libros titulada, genéricamente: *Colección Metropolitana* y con la cual intentó, con bastante acierto, el rescate de diversas obras que ya tenían tiempo de no publicarse, a precios accesibles. *La vida de México en 1810* fue uno de los que estaba dentro del catálogo de esta colección, con el número 39, prácticamente igual a su primera edición.

Finalmente, la Editorial Innovación sacó una reedición de este texto en 1979. Por desgracia, en la actualidad, el libro no es de fácil acceso, pues todas las editoriales antes mencionadas ya no existen. No corrió con la misma suerte de *México viejo* y *Las calles de México*, libros que fueron más del gusto de la gente y, por lo tanto, siguen siendo de fácil adquisición, pues los han retomado diversas editoriales para su constante publicación.

La vida de México en 1810 está dividido en nueve capítulos, cada uno de los cuales nos va mostrando poco a poco cómo era la ciudad de México justo en los albores de 1810, el año en que se inició nuestro movimiento de Independencia. González Obregón saca la mayor parte de la información de la *Gaceta de México*, del *Diario de México* y del *Calendario Manual y Guía de Forasteros de México para el año de 1810*, además de algunos otros libros y manuscritos en los que coteja estas pequeñas historias que reconstruyen la vida cotidiana durante ese año. Pocas veces deja entrever su opinión personal, trata de ser lo más imparcial posible para darnos una visión general de lo que pasaba en la capital.

El lenguaje que utiliza es sencillo, comprensible para todos, no hace casi ninguna comparación como recurso poético, más bien es un cronista, un guía que nos va llevando por las calles de la Ciudad de México y nos la va describiendo como si él mismo hubiera estado allí.

Los coches que en 1810 rodaban por las calles pasaban de dos mil quinientos, y a medida que el lujo iba en aumento, crecía el buen gusto de ellos, [estos] carros diariamente recorrían las calles, incomodando con el ruido infernal de su tráfico, cimbrando los edificios con lo pesado de las cargas, estropeando el empedrado y causando no poca alarma a los buenos habitantes de aquellos tiempos.⁷

¡Ya había alarma por el ruido y el tráfico! ¿Qué podremos decir ahora, a casi doscientos años de distancia, de esta ciudad que suponíamos tan dulcemente apacible en su ajetreo cotidiano? Sin embargo, las noches no eran tan tranquilas como podríamos suponer, también había peligros y riesgos:

Un vecino ocioso u ocupado que transitara las calles antes del toque de queda, se vería expuesto a que el buen sereno, trepado en alta escalera, al encender los faroles del alumbrado le propinase un lustroso baño; al encuentro desagradable con el carro nocturno[...] que arrastraba paciente mula dirigida por asqueroso conductor; el cual, al son de la campana había llamado a los que tenían que vaciar sus pestilentes vasos en aquel horroroso coche; coche que iba escurriendo líquidos y esparciendo a

ciencia y paciencia, los perfumes que cantó el inmortal Quevedo; a tropezar, por último, aquel vecino y ponerse triste con el Rosario de Ánimas, cuyos cofrades acompañaban el monótono tilín, tilín, de su campanilla, con voces plañideras con que pedían se rezara un Padre Nuestro y un Ave María por el descanso eterno del alma de Don Fulano de Tal; y si el vecino mencionado excursionaba después de que había sonado la queda, podría ser víctima de un robo, de un asesinato o de caer en garras de la ronda.⁸

No resultaba fácil salir a dar un paseo nocturno, lo mejor era quedarse en casa a dormir cobijados por la seguridad del hogar.

Si seguimos con nuestro guía, nos dirá que casi no existían las posadas u hoteles ni los restaurantes o fondas, generalmente, los viajeros se desplazaban por necesidad o por comercio, es decir, se trataba de estudiantes que querían hacer una carrera en la Real y Pontificia Universidad de México que era la única que existía, o gente que traía a vender sus productos; fuera de ellos, no había mayor intercambio. Los viajes siempre tenían un objetivo al obligar a la gente a salir de sus lugares de origen y, en esa época, no era el placer.

El agua se conseguía y se consumía de manera muy diferente a la actual, no había drenajes, pero sí fuentes que la abastecían:

Todavía, también, en aquel año memorable [1810], en los muros de algunos edificios y en el centro de las plazas podían verse fuentes públicas, alcantarillas y chorros de agua, de donde se proveían las buenas gentes de la ciudad, y donde podía estudiarse el legendario aguador con toda su indumentaria cueruna y trastos de barro, heredados

⁷ Luis González Obregón, *La vida de México en 1810*, p. 8. A partir de esta cita, todas serán sacadas de la primera edición de este libro.

⁸ *Ibid*, p.10.

de sus progenitores, los primitivos aztecas de la antigua Tenochtitlan.⁹

¿Cuántos ignoran que en nuestro famoso Zócalo existía un mercado llamado “El Parián” y que frente al actual Palacio Nacional, antes de los Virreyes, estuvo la famosa estatua ecuestre de Carlos IV dentro de una reja elíptica hecha de cantera con sillería?

Frente al Real Palacio, pero interpuesto en medio el “Parián”, [estaban] los Portales de Mercaderes, con alacenas de juguetes y de libros, donde se vendían también la *Gaceta* y el *Diario*, reimpressiones de papeles políticos de la Península con las últimas noticias de la guerra, y caricaturas grotescas e iluminadas, representando a Napoleón y su corte, o a Pepe Botellas, el Rey intruso.¹⁰

A lo largo de todo el libro, se siente la ebullición de lo que pronto se convertirá en el movimiento independentista. No faltan las burlas hacia Napoleón, hacia Francia y el apoyo total hacia el rey Fernando VII que estaba preso.

Quizás uno de los capítulos más interesantes es el dedicado a las currutacas y los petimetres, que eran personajes tanto femeninos como masculinos que vestían de una forma muy diferente al resto de la población con la intención abierta de hacerse notar. Los varones buscaban casa y comida sin tener que trabajar y las mujeres, un marido rico que las mantuviera. Su vestimenta causaba escándalo y eran el blanco de mofas por parte de la sociedad; es el único capítulo en el que González

Obregón deja sentir una gran ironía hacia estos personajes.

A más de lo deshonesto, fue ridícula la indumentaria de las currutacas, incómoda y martirizadora siempre, como ha sido la de toda mujer que rinde culto a la voluble Diosa. Comenzando por los pies, los zapatos parecían pezuñas de borrico: mucha trompa y cuadrada, mucha pala y asiento ninguno, porque oprimidos los dedos, caminaban las madamas haciéndose violencia, sacudiéndose como ranas temblonas, y con huellas manifiestas de callos, clavos y gavilanes. Las medias habían de ser precisamente de color de carne doncella... Sobre la ropa interior callan discretamente las crónicas, pero el túnico mal encubría brazos, pechos y espaldas, y estaba tan ajustado y ceñido al cuerpo que seguía todos sus contornos. Remataba la cabeza el peinado, verdadera furia de cabellos, enmarañado laberinto de rizos, cintas y flores, con canastillos invertidos que por irrisión llamaban gorros o sombreros, muy semejantes a los que hoy se usan.¹¹

La descripción de los petimetres no se queda atrás:

Los currutacos o petimetres en 1810 corrían parejas con las supradichas madamas, por su calzado extravagante que a veces parecía lanceta y a veces barco veneciano; las medias detenidas con hebillas, a fin de no descubrir la falta de calzones; los pantalones, cortos o largos, les nacían en los sobacos; las camisas o camisolitas, muy almidonadas y encarrujadas; los chupines, colgados de dijes; y los casacones o fraques, llegaban hasta el tobillo, muy abotonados

⁹ *Ibid*, p. 14.

¹⁰ *Ibid*, p. 16.

¹¹ *Ibid*, p. 32.

al pecho, pero tan angostos por la parte de atrás. Tales señoritos más semejabán monas que monos; de hembra parecían sus cuerpos, y era difícil distinguirlos de las hembras, por el mujeril peinado, del que pendía una balcarra en cada lado y zarcillos o aretes en cada oreja.¹²

En fin, que han de haber sido personajes que llamaban mucho la atención por el escándalo que protagonizaban entre la sociedad, pues en su forma de vestir anunciaban sus verdaderas intenciones y no cumplían con las normas de recato que dictaba la decencia de la época.

González Obregón nos muestra también cómo fue la Semana Santa de ese memorable año y, contra todo lo que se pudiera imaginar, a pesar de las procesiones de rigor y los rezos y todas las ceremonias luctuosas católicas, también existía la parte profana. Curiosamente, el *Diario de México* no dejó de salir ni un día (lo que nos lleva a inferir que en esos días de celebraciones especiales sí había periódicos) además, se publicaron varias arengas y composiciones en torno a la invasión francesa en la península española. Incluso, el Sábado de Gloria, dados los ánimos tan alborotados, al parecer no se quemaron efigies representando al tradicional judas, sino a franceses de cartón. El *Diario* publicó unos versos que decían así:

Este Sábado de Gloria
enriqueces Pantaleón:
del tirano Napoleón,
he de hacer judas de moda.
¿Si saldrá con todo y cola?
¡Cáspita! ¡Si todo es patas!
¡Miren un judas a gatas!

¹² *Ibid*, p. 34.

¿Este judas arderá?
¡Más que el fuego!
Allá va:
¡Señoritas el judero!

¡Por vida de los borrachos!
¡Señor Editor, bonanza!
¿Qué tal andará la danza
de los juditas gabachos
cuando dicen los muchachos,
que sin cortar con la tara,
mis juditas una vara.
exceden al Judas viejo?
¿Qué hiciste Judas añejo?
¡El Corso hoy te coronara!¹³

Hay un capítulo completo que dedica a la Virgen de los Remedios. Ella era muy importante en la época de la Colonia entre los españoles porque fue la que trajo Cortés cuando realizó la conquista de México.

En aquellos momentos en que los criollos y gachupines estaban más divididos que nunca, en que las pasiones políticas de unos y otros deberían haberse sofocado, fue una imprudencia del Gobierno trasladar a la Virgen de los Remedios, que nada grata era a la mayoría de los mexicanos y que desde luego despertó celos y encendió más los odios, dado el carácter religioso y político que revistieron las ceremonias del culto que se tributó en aquel año memorable.¹⁴

Cada vez que había alguna epidemia o inundación, los españoles acudían a la Virgen de los Remedios para pedirle su protección, empero no era una imagen

¹³ *Ibid*, p. 42.

¹⁴ *Ibid*, p. 50.

popular entre los indígenas, quienes preferían rezarle a la Guadalupeana.

González Obregón menciona que cuando esta virgen española estuvo en el convento de San Jerónimo, unas monjas la vistieron de *general* y además, se les ocurrió pedir a las autoridades competentes, es decir, al Ayuntamiento que era el Patrono del Santuario de dicha imagen, que la elevaran al rango de *generalísima*, debido a la ayuda que había prestado a los españoles durante la conquista y no sólo eso, el cronista reproduce un sermón en favor de la Virgen de los Remedios, lleno de retórica y exageradas alabanzas porque supuestamente ayudó al éxito de una pequeña batalla que ni siquiera alcanzó grandes méritos.¹⁵ En fin, era el lenguaje propio de la época y la forma en como se veía la religión, aunque ahora tal vez nos pudiera parecer exagerado el tono; en la actualidad, a nadie se le ocurriría darle un rango militar a ningún santo o virgen por milagro que fuera. Sin embargo, a partir del 16 de septiembre de ese año, la Virgen de Guadalupe comenzó a tener más adeptos cuando el cura Hidalgo la tomó como estandarte durante la Guerra de Independencia, este hecho fomentó su fervor y bajó el número de fieles a la de los Remedios que, de todos modos, no eran muchos.

El capítulo en donde se habla de la llegada del nuevo virrey, don Francisco Javier Venegas, tiene como dato interesante que él llega el 25 de agosto al Puerto de Veracruz y llama la atención que tardó más tiempo que sus antecesores en llegar a la Capital debido a que durante el camino quiso saber el estado en que se hallaba la

Nueva España, por lo que se entrevistó con toda la gente que supuso sería conveniente conocer, así que arribó a la Villa de Guadalupe el 13 de septiembre de 1810, pocos días antes del grito de Independencia.

González Obregón se regodea en narrar prácticamente día con día el arribo del virrey Venegas. La razón es muy sencilla: estaba a punto de empezar el movimiento de Independencia y, como un recurso literario, va contando el diario acontecer, se detiene como dándose su tiempo, disfrutando dejar la acción justo en el momento en que va a iniciar el movimiento que marcó el final de la Colonia. El cronista hace hincapié en la multitud de poemas dedicados al nuevo virrey en donde se exaltan sus virtudes (si es que realmente las tenía) al máximo:

Salve insigne Campeón, hijo de Marte:
salve mil veces, General prudente:
de valor y lealtad firme baluarte,
que puso espanto a la francesa gente.
Sólo a ti mismo puedo compararte,
porque te ilustra mérito eminente:
quede a la Fama pregonar tus glorias
como testigo fiel de tus victorias.¹⁶

Prueba irrefutable de la más pura y franca lambisconería por parte de aquéllos que querían lograr algún favor del virrey y lo hacían mediante alabanzas hiperbólicas. Sin embargo, la gente estaba de fiesta, sacaba a lucir sus mejores vestidos, joyas, telas, pues todos adornaban sus balcones, sobre todo, aquéllos por donde pasaría el carruaje del virrey. El ejército estaba apostado desde temprano haciendo valla por el camino que tomaría no sólo el esperado virrey sino toda su escolta y comitiva. El derroche

¹⁵ El capítulo quinto está dedicado totalmente al fervor que se tenía a la Virgen de los Remedios y el autor explica muy bien este hecho.

¹⁶ *Ibid*, p. 67.

era pleno, nadie pensaría que había problemas económicos en la Nueva España y que el Ayuntamiento no tenía presupuesto suficiente para pagar esto, todo corría por cuenta de los ricos de la ciudad.

Los últimos tres capítulos del libro, están dedicados a las artes y los entretenimientos de la gente. Menciona como artistas importantes a Manuel Tolsá, Franciso Eduardo de Tres-Guerras, Luis Rodríguez Alconedo, etc. Los pasatiempos de la población eran las sombras chinescas, el teatro, los paseos y el juego de pelota, distracciones que hoy se nos antojan curiosas e ingenuas, pero que en aquel momento era lo único en lo que la gente podía invertir su tiempo libre.

Contra lo que podría pensarse, se aprovechaban estas sombras chinescas y el teatro para hacer una crítica a los franceses y a la situación de sometimiento en que estaba España. Ya se podía sentir que los aires de emancipación llegaban cada vez con más fuerza, los ánimos estaban dispuestos a todo y el destino no tardaría en cumplirse.

MI CONCLUSIÓN

El viaje terminó y con él volvemos a nuestro lugar de origen, que aunque es la ciudad de México, no es la misma, y hemos vuelto también a nuestro siglo. ¡Vaya añoranzas! El cronista cumplió su cometido de llevarnos de la mano a un lugar que no volveremos a ver, a una época que ocurrió hace dos siglos. Nos enseñó el centro de la ciudad, cuando su traza era mucho más pequeña, nos mostró cómo se celebraba la Semana Santa y nos presentó al virrey Venegas cuando entró a la ciudad, nos invitó al lujoso recibimiento que se acostum-

braba dar en aquella época a personajes tan distinguidos.

Pudimos ver cómo era la ciudad en el día y en la noche, lo que la gente hacía, cómo se divertía, en fin, un paseo completo. Fuimos como viajeros impresionistas, de acuerdo a la definición que da Todorov:

El impresionista es un turista muy perfeccionado: para empezar, tiene muchísimo más tiempo que el vacacionista; luego, extiende su horizonte hasta los seres humanos; y, finalmente, se lleva a su casa, ya no simples clichés fotográficos o verbales, sino, digamos, esbozos, pintados o escritos... ¿Por qué se va? Tal vez, como Loti, porque ya no logra sentir la vida en su tierra, y el cuadro extranjero le permite volver a encontrar el gusto por ella.¹⁷

Ésa es al final nuestra experiencia. Viajamos durante todo ese año de 1810 por la Ciudad de México para observar las diferentes fiestas, los distintos tipos de mexicanos, la llegada del virrey y, por supuesto, los inicios de esa Guerra de Independencia que marcó ese año de manera tan definitiva. González Obregón supo llevarnos por esos lugares a los que la gente concurría para que los conociéramos bien, para empaparnos de su forma de ser, hasta escuchamos los pequeños poemas que se hacían para celebrarlos o para oír lo que se acostumbraba en ese momento, vimos también lo hecho por los pintores y escultores de ese recién estrenado siglo XIX, estuvimos en medio del cambio que se aproximaba; la experiencia fue grata, inolvidable y melancólica, pues para bien o para mal, esta ciudad ha cambiado, su gente

¹⁷ Tzvetan Todorov, "Viajeros modernos", p. 389.

y sus costumbres también, se podrán añorar algunas cosas, otras no, pero sigue siendo grato caminar por el centro de la capital con la esperanza de ver a una currutaca o un petimetre deambular por esas calles de Dios■

BIBLIOGRAFÍA

- Carreño, Alberto María. *El cronista Luis González Obregón (viejos cuadros)*. Intr. de Alberto María Carreño, México, Ediciones Botas, 1938.
- Colón Hernández, Cecilia. *Antología comentada del libro Las calles de México, de don Luis González Obregón*, Tesis de licenciatura, México, 2000.
- González Obregón, Luis. *La vida de México en 1810*, México, Librería de la Vda. De Ch. Bouret, 1911.
- . *La vida de México en 1810*. Pról. de Carlos González Peña, 2a. ed., México, Stylo, 1943.
- . *México viejo*. Pról. de Flor de María Hurtado, México, Promexa Editores, 1979 (Colección Clásicos de la Literatura Mexicana).
- Reyes, Alfonso. “La era crítica (XVIII-XIX)”, en *Letras de la Nueva España*, 2a. reimpresión de la 1a. edición, México, FCE, 1997, pp. 375-390 (Obras Completas, t. XII).
- Ruedas de la Serna, Jorge (comp.). “Presentación”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM, 1996, pp. 7-13.
- Todorov, Tzvetan. “El viaje y su relato” en *Las morales de la historia*, México, Ediciones Paidós, 1993, pp. 91-102.
- . “Viajeros modernos” en *Nosotros y los otros*. Trad. de Martí Mur Ubasart, Siglo Veintiuno Editores, pp. 383-396.
- Urbina, Luis G. *La vida literaria de México*, Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1946 (Colección de Escritores Mexicanos, 27).